

Salomón Wapnir

Ramón Subirats

Noticia acerca de su vida y su arte



HE visitado a Ramón Subirats en Mendoza. Vive en el edificio de un antiguo convento. Su existencia ofrece el ejemplo aleccionador de un artista consagrado, de pleno, a su vocación y a las exigencias de su arte. Poco importa que a cada paso surjan dificultades de todo orden y contratiempos de esos que amargan y ponen a prueba la vitalidad del ideal que se abraza. Nada puede torcer el rumbo del angustiado artista cuando su ruta es segura y la firme mano puesta en el timón ha de vencer todas las borrascas del camino.

Subirats tuvo la fortuna de encontrar apoyo en sus padres a favor de sus inclinaciones pictóricas. Ellos estimularon su precoz vocación, inspirados en la generosa idea de abrirle, por la senda del arte, un porvenir de más honra.—¡quién lo duda!—que provecho.—José Francés, el recio crítico español, comentando este aspecto de la infancia de Subirats, anota: «No suele ser

frecuente esa clara visión del porvenir en la disculpable ceguera sentimental de quienes por desconocer la vida artística, ¡y a veces por conocerla demasiado!—desean para sus hijos una defensa social más positiva que el afán de dibujar líneas, mezclar colores o rimar vocablos».

El apoyo paterno creó la tibieza interior indispensable para cuajar en bellos frutos: medalla de plata, en 1908, y premio de honor, en 1911, otorgados por la Escuela de Bellas Artes, de Barcelona.

Con tal bagaje llegó a nuestro país, Ramón Subirats. Desembarcó una tarde de Carnaval y empezó a caminar por nuestra calle San Martín. Su indumentaria de recién llegado, su paso calmo y su mirada observadora ante cada detalle de la ciudad, llamaron la atención de algún porteño gracioso que desde un portal volcó sobre el cuerpo del nuevo bienvenido inmigrante, un recio balde de agua. No podía ser más frío ni más absurdo el recibimiento de la ciudad.

Ambuló un año por Buenos Aires, amargado, sin brújula, indeciso. Deseaba retornar a España exponiéndose a que lo detuvieran por desertor y lo enviaran a prestar servicio, por seis años a Marruecos.

El conocimiento de unos parientes, lo llevó a Mendoza. Allí no tardó en sentirse renovado para el trabajo de creación artística. Los tipos de la cordillera, restos de tribus dispersas, llamaron su atención de inmediato. Sin vacilación empezó a trabajar de firme con ellos. Una necesidad interior lo impulsaba a fijar los rasgos de aquellos rostros en los cuales su paleta pri-

mero, y su carbonilla, más tarde, descubrían matices de una profunda riqueza expresiva. Cargaba sus caballetes, sillas, pasteles y cajas y salía en busca de los elementos nativos para fijarlos, en trazos recios, seguros y definitivos, en cada uno de sus cuadros.

Afluían, por supuesto, los comentarios; desdeñosos y mezquinos. No pierda tiempo con esa gente. Son plebe, raza de indios. Nadie les lleva el apunte,—le expresaba algún adinerado viñatero, bodeguero o político.

Y una tía, una de esas tías que el destino pone en el camino de todo artista, dió también su nota sentenciosa y profunda.

Más te valiera trabajar, ganar dinero. Vete a vender papas. No pierdas tiempo. Pintar es recreo de ricos y tú, bien pobre eres.

Y sin embargo, pese a todo, Subirats realizó su obra. Así surgió, en la pintura, el tipo cuyano que no tardaría en significar toda una modalidad dentro del arte pictórico nacional.

Pero el artista, que ya creara obras de indudable aliento, seguía viviendo bajo el peso de las cotidianas preocupaciones. La vida lo asediaba con rudeza. Había que pintar y producir mucho, pero era indispensable también, trabajar para obtener el diario sustento, el pan nuestro de cada día. Para lograrlo dejó de lado pasteles, óleos y acuarelas, dedicándose a pintar letreros comerciales. Mas, ¿qué importaba todo esto si de ello dependía la realización de sus proyecciones artísticas? Pues a pintar letreros, frentes, paredes o lo que fuera.

Ya vendría la hora del desquite. (¡Cuanto tardas en llegar, ansiada hora!)

Un día se le empastelaron los pinceles. Negligencia o descuido, pero se quedó sin ellos y lo que es peor, lejos estaba de poder comprar otros nuevos.

Pequeñas causas, grandes efectos.

Frente al espejo ensayó, por vez primera, el uso de la carbonilla realizando un autoretrato. De este modo surgió en Subirats el carbonista, en cuyo género no tardó en lograr magníficos cuadros de tipos autóctonos.

—El colorista se durmió y surgió el carbonero,— nos dice risueñamente. Al revés de lo que aconteciera a Quinquela Martín.

A partir de este momento, Ramón Subirats se entrega, febril y apasionadamente, a sus carbones, abandonando toda otra forma de creación pictórica. En Mendoza quedan, dispersos, tipos de las tribus que habitaron su territorio; ejemplares de calingastas, huiliches, malcayaes, picunches y pueches, sin citar a los huarpes que ejercían un dominio mayor. Fué en busca de todos ellos y muestra de su afán, de su desvelo y de su consagración sacrificada, son los cuatrocientos dibujos de tipos que el artista lleva realizados.

Con profunda verdad se ha dicho que los trabajos de Subirats significan el documento étnico más directo para conocer la historia racial de la provincia y asomarse al pasado de una raza que se extingue y cuyo reflejo más fiel y acabado lo constituye el valioso archivo de carbones ejecutados por este pintor. Quien observe la

galería de sus cuadros, no podrá sino admirar la fuerza de expresión que cada rasgo denota, la riqueza y hondura que señala cada matiz. La mano que ha trazado las líneas de esos rostros curtidos por las huellas del dolor, de la miseria y de los años, no revela vacilación ni tanteo. Firmes, recios, certeros, cada detalle es un signo de perfección que concurre a robustecer el concepto que inspira la apreciación total de la obra.

Hay en estos dibujos de Subirats una profunda vitalidad, de tal manera que de ellos se desprende el conocimiento de no pocos de sus aspectos étnicos o raciales. La carbonilla, en sus manos, realiza verdaderos prodigios de sutileza, alcanzando relieves tan finos que parecieran escapar a las posibilidades del género. La fuerza de expresión que denotan muchos tipos y la sensación de pieza lograda que ofrece el conjunto, se vinculan a una pródiga revelación de rasgos incisivos, unos, y sutiles, otros, que dicen de la maestría con que Subirats maneja el instrumento.

Dispuesto a vivir y a conocer la realidad de los tipos que pinta, un día lió sus caballetes y cajas y se fué a Chile, al Sur, a Temuco, a Valdivia, a Concepción, a Tinguiririca, allí donde el clima exige de quienes han de soportarlo una fuerte dosis de sacrificio. Seis meses trabajó en aquellas tierras, seis meses de los que obtuvo cincuenta carbones por los cuales campean ejemplares, cuadros y expresiones de la aguerrida raza araucana.

Fiel a su consigna y al mandato interior que se impusiera, Ramón Subirats realiza su labor silenciosamente,

sin estridencias, sin temores por las nuevas formas ni renunciamiento a sus conceptos y modalidades artísticas. Sabe su rumbo, conoce el derrotero y venciendo todas las contingencias de la marcha, avanzando va. Bien ha podido decir José Francés acerca del género pictórico de Subirats y de su temple creador que «desprecia, con la arrogancia sana del verdadero artista, las fáciles añagazas del simulador y las piruetas impotentes del arrivista». Y Zuloaga, al referirse a esta hora de fuegos de artificios en el arte, no vacila en decirle: «No haga caso de los que por creerse más sabios siguen tal o cual moda. La moda es para las señoras o para los hombres afeminados».

No ignora este concepto, quien, como Subirats, ha hecho de su vida un permanente motivo de dolor y de sacrificio en holocausto a su arte. Hablando de esto, él mismo expresó en oportunidad propicia.

El arte es una cosa muy seria y como tal es preciso tomarla. No hay que intentar el manejo de los colores sin antes saber dónde y cómo deben ser ubicados. Yo sé que la voluptuosidad del color atrae a los espíritus dúctiles a manejarlos. Mas, si el color no está sabiamente acompañado, la obra que brote de este pincel no subsistirá más de lo que duró el momento fugaz en que ha sido concebida».

Ramón Subirats ha realizado 13 exposiciones individuales y su labor alcanza, en la actualidad, a doscientos setenta retratos y cuatrocientos dibujos de tipos. Obras suyas se encuentran en el Museo de Bellas Artes

de Buenos Aires, Santiago de Chile, Montevideo, Rosario, Córdoba y Mendoza. En Chile, el gobierno dispuso la reproducción, en tarjetas postales, de los más característicos de sus hijos araucanos, para distribuirlos en las escuelas y colegios.

Sin embargo, Ramón Subirats me ha dicho:

Toda mi obra está amasada con el espectro de la miseria económica a la puerta.

Pienso que en muchas partes del mundo, el autor de una labor tan meritoria y de una trascendencia tan honda como la realizada por Ramón Subirats, sería, no sólo rico y poderoso, sino también un ciudadano conspicuo, de esos que honran y dan lustre a una nación.

Buenos Aires—Julio de 1934.